

El demonio del bosque.

Sir Helder Amos



Image not found.

Capítulo 1

Lo primero que escuchó la sacerdotisa al llegar a la aldea fueron las suplicas de sus habitantes para que exorcizara el terrible demonio del bosque que la rodeaba, debido a que estaba acabando, poco a poco, con sus vidas, porque cada tres días desaparecía uno de los cazadores, taladores o recolectores que se adentraban en él para buscar carne, leña o frutas.

Al día siguiente, el tercero después de la última desaparición, la sacerdotisa no permitió que nadie ingresara en el bosque, y se adentró ella misma en él para complacer a los aldeanos y rezar algunas oraciones.

Durante su camino, la sacerdotisa se paseó por entre los esplendorosos árboles del bosque, apreciando su belleza y sus deliciosos olores, hasta que llegó a un pequeño claro, donde puso manos a la obra.

Sacando de uno de sus bolsillos un frasquito que contenía un misterioso polvillo blanco, la sacerdotisa lo utilizó para dibujar un círculo y varios símbolos extraños en el piso del frondoso claro y, luego, se paró en el centro de éste a hacer sus oraciones. Pero no había comenzado bien a rezar, cuando, de entre los arbustos, saltó un majestoso conejo, tan blanco como la nieve y con dos grandes ojos de distintos colores: uno tan rojo como la sangre y el otro tan azul como el cielo en un día soleado, que se detuvo a un par de metros de ella a observarla, moviendo sus largas y delicadas orejas con curiosidad.

Al percatarse de que tenía compañía, la sacerdotisa guardó silencio y, encantada por la belleza del animal, se arrodilló para llamarlo y poder acariciarlo. Pero al ver que este no se acercaba, la sacerdotisa dio un paso hacia él, saliéndose del círculo que había dibujado y, tan pronto lo hizo, el mullido y majestuoso conejo blanco saltó sobre ella, quien empezó a acariciarlo plácida y frenéticamente.

Luego de pasar un par de horas acariciando el suave pelaje del conejo, la sacerdotisa descubrió que a pesar del hambre, sed y sueño que tenía, no podía detenerse porque, por más que quisiera o intentara soltar al animal, su cuerpo no respondía y durante los próximos tres días no hizo más que acariciar a aquel misterioso conejo blanco hasta que cayó sin vida sobre el piso del frondoso claro.

Y una vez libre, el conejo, dando pequeños saltitos, se perdió entre los

arbustos buscando a su próxima víctima.

Fin.

Espero hayas disfrutado de este cuento tanto como lo he hecho yo escribiéndolo, y si te ha gustado, te invito a que visites mi portal de escritura www.365Microcuentos.com donde he publicado más de mil microrrelatos de todo tipo y género.

Un Abrazo

Sir Helder Amos